



Literatura y violación. Cómo contar lo inenarrable

Una nueva generación de escritoras reinventa el relato de la agresión sexual con memorias, ensayos y ficciones que rompen uno de los últimos tabúes sociales.



Así se escribe sobre el trauma de la violación

Literatura. Varias escritoras reformulan el relato de la agresión sexual femenina en memorias, ensayos y ficciones

Por Leticia Blanco BARCELONA
ILUSTRACIÓN DE ULISES CULEBRO

HACE UNA SEMANA la escritora y artista Paula Bonet anunció que cancelaba todos sus actos públicos. Su acosador, que lleva años amenazando con violarla y asesinarla, salió en libertad tras ocho meses en prisión por saltarse seis veces una orden de alejamiento. Bonet estaba inmersa en la promoción de *Los diarios de la anguila* (Anagrama), un cuaderno a caballo entre las artes plásticas y la literatura que llega después de su primera novela, la muy autobiográfica *La anguila*, donde la protagonista es violada por un Premio Nacional de Poesía.

«Cometemos el error de depositar la responsabilidad de cierto tipo de acciones violentas y de abuso en un lugar muy concreto de la sociedad, y los abusos se dan también en esos otros lugares que consideramos, equivocándonos, de una pureza extrema, como la pintura y la literatura», explica Bonet por correo electrónico. «Un profesor universitario o una persona reconocida públicamente por su trabajo intelectual, los dos ejemplos que cito en *La anguila*, lo tienen muy fácil para abusar del poder que les otorgan el género, la edad y la cátedra, y sobre todo para que nadie dude de ellos», relata la valenciana, que decidió convertir su experiencia en literatura porque «muchas mujeres pasan gran parte de su vida protegiendo a agresores».

«Me pondré tan fea que seré libre como un hombre», escribe Bonet en *Los diarios de la anguila*. Lo hizo tras sufrir un intento de agresión a plena luz del día en uno de sus viajes a Chile, donde decidió que siempre iría acompañada de una botella de cristal de Coca-Cola en la mano «dispuesta a reventársela en la cabeza a cualquiera que volviera a sacarme una navaja». *Los diarios* son un desasosegante relato de la tensión y angustia que la acompañaron sin descanso durante ese y otros viajes, como el que hizo a Marrakesh en 2018, un mes antes de que dos turistas escandinavos fueran degolladas mientras

acampaban en el Alto Atlas. «Quería hablar de esa sensación de saber que se va a continuar siendo la alteridad. Y la certeza de que, a pesar de todo, una no va a poder abandonar la creación. Es, de alguna manera, suponer que la partida está perdida de antemano porque el poder, aquello que marca el canon, sigue siendo eminentemente masculino».

Belén López Peiró publicó hace unos meses *Donde hago pie* (Lumen), en el que relata el *via crucis* judicial que atravesó tras denunciar a su tío por haber abusado de ella en la adolescencia. En su caso, la escritora la ayudó a poner distancia con lo ocurrido. «Vivian Gornick siempre les dice a sus alumnos que lo importante no es lo que pasó, sino lo que uno hace con eso. Fue la escritura la que me permitió, de tanto revisar, escribir y editar el texto, volver a los hechos sin tanto dolor. Me ayudó el poner en el centro la literatura y no mi vida», explicaba la argentina a EL MUNDO hace unos meses, un proceso muy similar al de Bonet. «Una víctima de violación es capaz de describir la escena de la agresión como si fuera una espectadora, esto es así porque la víctima se disocia con el objetivo de poder sobrevivir a la agresión. Cuando decidí escribir *La anguila* entendí que lo que yo pudiera sentir no podía nublar me durante la escritura de la novela, porque mientras escribía no estaba haciendo terapia ni le estaba contando un chascarrillo a una amiga o a mi madre: hacía lo mismo que hago cuando mezclo la pintura en la paleta y abordo el lienzo, transformar una experiencia o una idea en

otra cosa a través del acto artístico. La novela había de existir con independencia de quién fuera yo».

El «encuentro fortuito con el mal» de la mejor amiga de la brasileña Tatiana Salem Levy sucedió un martes por la mañana en una de las zonas más bonitas de Río de Janeiro, el Parque de Tijuca, a donde había salido a correr. Lo cuenta en *Vista Chinesa* (Libros del Asteroide). «Fue un ataque especialmente violento, ella quedó destrozada. Cuando me lo contó vi que además del dolor, había una angustia por no poder acabar de explicar lo que había sucedido», explica Salem. «La violación es una experiencia tan límite que siempre hay una parte de ella que es inexplicable. Las palabras y la narración se quedan cortas».

La ficción se convirtió en el modo de «ir al fondo y lo más cerca posible de ese dolor» y también una

manera de romper el trauma para no pasarlo a la siguiente generación, un deseo que se agudizó cuando su amiga se quedó embarazada de gemelos. Salem escribió el libro cuatro años más tarde, en formato de carta a esos hijos. «Yo también estaba embarazada cuando escribí el libro y creo que eso le añadió capas. No podía dejar de preguntarme cómo debió ser para esos niños crecer en un vientre violentado, porque mi amiga me contó que cada día seguía sintiendo la violación en su cuerpo», explica Salem, que hace años se enteró de que su madre también había sido agredida sexualmente. El libro refleja la memoria fragmentada de las víctimas, el recuerdo impreciso que conlleva todo trauma. También explora otro tabú: cómo se recupera el deseo tras una violación. «Es un luto, es algo parecido a reinventar el propio cuerpo. No siempre sucede».

La alargada sombra de la violación también aparece en varias novelas recientes como un triste recordatorio de que la agresión sexual es una posibilidad en la vida de cualquier

mujer. La protagonista del último libro de la mexicana Brenda Navarro, *Ceniza en la boca* (Sexto Piso), ha crecido sin padre y sospecha que su madre fue violada, pero ésta se resiste a admitirlo y prefiere optar por la amnesia voluntaria. «Mi mamá nunca me contó su historia, decía que no quería que usara su pasado para colgarle muertitos psicoanalíticos», confiesa, a lo que la madre replica: «Si todas decimos que nos violaron, entonces ya no violaron a nadie».

Algo parecido ocurre en *Amor libre* (Sexto Piso) de la británica Tessa Hadley, la historia de una mujer casada con dos hijos que abandona una cómoda e infeliz vida aburguesada tras iniciar un *affaire* con un joven bohemio, contagiada por los efluvios de libertad del Swinging London. Uno de sus primeros

novios «le había arrancado la ropa, casi la había estrangulado, la había arrastrado del cabello y la había forzado», pero Phyllis esconde ese remoto episodio de su juventud como un secreto vergonzoso. Ni siquiera su marido, con el que lleva más de media vida, sabe lo que le sucedió. «No fue nada, en realidad. Pasó hace mucho tiempo», le confiesa a su amante un día, después de hacer el amor. «Yo era una tontaina, muy ingenua. Fue culpa mía».

Los mecanismos del sistema para culpabilizar a la víctima de su propia violación, perfeccionados por el machismo a lo largo



DEL SÁBADO



JAVIER BARBANCHO

RELATOS SOBRE LA AGRESIÓN SEXUAL

VISTA CHINESA
Tatiana Salem Levy convierte la violación que sufrió su mejor amiga en un parque de Río de Janeiro en una novela en forma de carta de una madre que le explica a sus hijos cómo lidió con el trauma.

LOS DIARIOS DE LA ANGIULA
Tras debutar en la ficción con 'La anguila', donde narra su violación, Paula Bonet publica un cuaderno de viajes bajo la sombra de la amenaza constante.

TENGO UN NOMBRE
Chanel Miller desafió décadas de impunidad con las violaciones en los campus universitarios de Estados Unidos con estas memorias sobre su juicio.

DONDE HAGO PIE
Belén López Peiró convierte en literatura su calvario judicial tras denunciar a su tío por abusar de ella cuando era adolescente.

de siglos y generaciones, siguen funcionando. Pero cada vez hay más testimonios que se proponen y consiguen desactivarlos. Es el caso, por ejemplo, de *Tengo un nombre* (Blackie Books) de Chanel Miller. En su juicio, uno de los más mediáticos de EEUU, Miller fue acusada de mentirosa y borracha tras ser violada después de perder el conocimiento por haber bebido demasiado en una fiesta en Stanford. Su caso sacó a la luz la epidemia de agresiones sexuales en los campus universitarios norteamericanos, donde se calcula que una de cada cinco estudiantes es violada. Hasta hace bien poco, en universidades como la de Virginia, el plagio (copiar tres frases de Wikipedia) era considerado como una infracción grave y motivo de expulsión por infringir el código de honor, pero una violación no. El ensayo de Miller destapó décadas de encubrimiento a lo que sucedía en las fiestas de las fraternidades y supuso un antes y un después en la cultura de la violación. «Una cosa es cometer un error y pasarte con la bebida una noche, y otra muy diferente es hacerle daño a alguien intencionadamente. Una es legal, la otra es ilegal. Una es un desliz humano y la otra, un crimen. Deberíamos ser capaces de distinguir entre las dos cosas», explica Miller.

Del catártico *Teoría King Kong* de Virginie Despentes a *Violación. Una historia de amor* (Contraseña) de Joyce Carol Oates o el clásico *Peyton Place* (Blackie Books), que este verano vuelve a librerías, el relato de la violación lleva tiempo expandiéndose en múltiples formas y géneros. «Finalmente estamos viendo cambiar al sujeto de la narración. Cuantas más voces haya más evidente se hará la necesidad de entender que no es el tema el que agrupa las obras», apunta Bonet. «Cada una de nosotras nos narramos desde un lugar muy concreto, con una intención determinada. Una misma desgracia no tiene por qué unir a las personas».

Por Pablo R.
ROCES MADRID

HABRÁ QUIEN ENCUENTRE EN *Facendera* un relato sobre la ansiedad juvenil, una reivindicación del origen obrero o una historia festivo melancólica desde un *after*. Y nada de eso es mentira. Pero la primera novela del poeta leonés Óscar García Sierra (*La Robla*, 1994), publicada por Anagrama, es, sobre todo, la crónica fidedigna de una triple muerte.

La de una forma de vida asociada a la minería, la de una zona pujante económica y socialmente durante décadas, ya en decadencia, y la de un sentimiento colectivo desintegrado por la desindustrialización. Todo en un pueblo de la montaña central de León, que también podría ser cualquiera de las cuencas mineras de Asturias, de El Bierzo o de Palencia.

Este es un recorrido, desde una terraza en el madrileño barrio de Lavapiés, por sus gentes, sus territorios, su marcada idiosincrasia, su historia política y su futuro de la mano del escritor. «Cuando era adolescente, yo pillé la última época medio buena del pueblo, había la hostia de bares, podíamos salir y cuando íbamos de fiesta a León o a Gijón no era muy diferente a lo que había en La Robla». Y había una central térmica con 300 empleados, una cementera facturando 180 millones al año, comercios... para unos 3.000 habitantes. Hoy solo quedan ellos y algún día, más pronto que tarde, ya no estarán. «En la época dorada de los 80 venían hasta autobuses de Asturias a las ocho

discotecas que había. Desde hace cinco años queda un bar o dos y está todo muerto. Si te toca empezar a experimentar ahora, estás jodido».

Esas zonas ni siquiera se mueren con rapidez, sólo agonizan con sus jóvenes emigrando o encallados allí sin futuro y una población cada vez más envejecida. Lo define bien este extracto de *Facendera*: «Cada vez estaba más convencido de que su destino era acabar tirado al lado de un contenedor, como la tele

gente va al psicólogo o toma ansiolíticos. No lo dicen por vergüenza o para que nadie hable de ellos».

Hasta en su familia se ha visto el repunte, y eso que la vinculación con la mina se reduce a un par de tíos. Los García Sierra siempre se dedicaron al camión y en uno de ellos creció Óscar con su padre. «Yo iba por pueblos de Asturias en el camión y ahora cuando paso por allí veo la decadencia del paisaje a la vez que la de la industria».

Una decadencia que se

pueblo. El razonamiento es que hemos dado mucho con el tema de la minería, hemos destrozado nuestro medio, no ha servido para nada y se ha instalado una sensación de impotencia y abandono».

En la montaña central de León, siempre más cercana por distancia y sentimiento a Asturias, queda el auge del leonesismo que se vio en las últimas elecciones de Castilla y León. Pero las reivindicaciones nada tienen que ver. «El cierre de la mina era un ultimátum, matar a muchas familias; ahora aún podemos seguir vivos aunque sea estando con Valladolid», relata el autor, que ahonda también en las generaciones que se han quedado perdidas. «Mi padre con 18 años se ponía a currar con el camión, otros iban para la mina o para la construcción. Ahora ya te puedes conformar con un par de años desmontando la térmica o yendo al Ejército. Me acuerdo de gente 10 años mayor que yo que aún iba a la mina. Con 22 años se pillaron un BMW y a los 27 no tenían nada».

Aquí no hay ficción, así pasó. Como prueba quedan los vestigios de aquellos coches cumpliendo ya 20 años. En esa situación, ¿cómo se vuelve allí? «Cuando vuelvo me aburro, me da ansiedad, necesito hacer cosas. Pero cuando estoy aquí lo echo de menos y quiero volver. Me tengo que consolar con el agobio que vivo al estar allí para no echarlo de menos».

Ya lo dice en *Facendera*: «Al principio el dolor me parecía insostenible, pero pasó el tiempo y cambió el dolor y con él mi concepto de insostenible». Porque ya no existe otra forma para conseguir volver.

Las tres muertes de quienes vivieron de la minería

Literatura. Óscar García Sierra ahonda en 'Facendera' en el declive de unas zonas pujantes en lo económico y en lo político

en la que había visto la final del Mundial de Corea y Japón en 2002».

«Yo no quería que la novela pareciera sólo de gente joven, hay que mostrar que gente de 20 años, 40 o jubilados tienen el mismo agobio porque el pueblo se muere y no hay forma de controlarlo». Dos remedios han sido, sobre todo para quien salieron de las minas, el alcohol y los ladrillos (el término con el que Óscar denomina a los ansiolíticos). «A la gente le daba vergüenza hasta que descubrieron que van al médico de familia y ya está. En el pueblo cada vez más

distingue en unas calles vacías y sin griterío de niños en pueblos mineros. Porque muerta la mina, decadencia para lo demás. Hasta para el sentimiento colectivo que vertebró las barriadas obreras y toda la sociedad de esas zonas. «La gente se ha cansado de luchar y se han separado. Estuvieron siempre jugando la vida y ahora ya no tienen nada que jugarse. Yo recuerdo las últimas movidas de los mineros y veíamos las lecheras desde las ventanas de clase, recuerdo las manifestaciones para que el AVE no pasase por el